

CAPÍTULO IX.

Del último día de los tiempos.

Para venir á tratar del modo como se ha de hacer este juicio universal de todos los tiempos y hombres, se ha de suponer que el fuego que ha de preceder, antes que baje Cristo para hacer justicia general del mundo, se ha de continuar en su asistencia y venida; y despues de subido á los cielos con todos los justos, ha de acabar de purificar los elementos, como advierte Alberto Magno (1), y se colige de varios lugares de la sagrada Escritura. Tambien se ha de suponer que esta venida ha de ser la de mayor terror y majestad que haya hecho persona divina por sí misma ó por alguna criatura (2); porque si por solo dar la ley un Ángel que representaba á Dios vino al monte Sinai con tal majestad, que hizo estremecer al pueblo hebreo con estar apercebido para ello y muy purificado; cuando venga el mismo Señor de la ley á tomar cuenta de ella, ¿con qué aparato, majestad y terror aparecerá de repente á los hombres que han de ser juzgados en el último día de los tiempos, en el cual sin reparo se han de representar todos?

El día en que se dió la ley fue muy memorable á los hebreos, y este día final en que se tomará cuenta de la ley ha de ser horrible, y quedará en eterna memoria de los hombres. Pues para decir lo que ha de pasar en él, digamos primero lo que pasó en el que se dió la ley, para que de la horribilidad del uno colijamos la terribilidad del otro, y de la majestad con que vino un Ángel entendamos la majestad con que vendrá el Señor de los Ángeles. Á los cincuenta días despues de haber salido los hijos de Israel de Egipto, despues de haber sucedido tan espantosas plagas en aquel reino, y sepultándose en las aguas del mar Rojo todos los gitanos infieles que les seguian, y estando los hebreos alojados cerca del monte Sinai (3), se vió que venia por los aires de muy léjos (esto es, desde el monte Seir, que está en Idumea) un Señor de grande majestad, acompañado de infinita multitud de Ángeles, tanto, que David cantó que rodeaban á su carroza diez mil Ángeles, y Moisés dijo que millares, y traia en su mano derecha la ley toda de fuego. Este que venia tan autorizado y rodeado de soberanos espíritus no era el mismo Dios, sino un Ángel, como advirtió san Estéban (4), el cual era san Miguel, que por venir en nombre de Dios se llama en la sagrada Escritura Señor, y venia con tanta guarda y acompañamiento, y tambien sobre espesas nubes que arrojaban rayos y resonaban con espantosos true-

(1) Albert. Mag. in compend. theol. l. 7, c. 15. — (2) Lesius, de perf. div. 13, c. 30 et 33. — (3) Deut. xxxiii. Vide Barrad. l. 6 itiner. c. 5. Ps. lxxv.

(4) Act. vii.

nos. Desde el monte Seir vino hasta el monte Faran (1), que cae en la tierra de los israelitas, y de allí vino tambien por el aire con la misma majestad; y desencajándose de su asiento muchos collados, y estremeciéndose los mas altos riscos hasta llegar al monte Sinai (2), donde estaban los de Israel, los cuales al amanecer del alba se asombraron y estremecieron, oyendo de repente truenos horrendos, y viendo relampaguear infinitas veces una nube muy negra y densa que cubria el monte con una lluvia, torbellino y tempestad grande, como dice el Apóstol (3), y trastornándose las cumbres de algunos montes; y juntamente resonó una trompeta tan vehemente, que tembló todo el pueblo que estaba en sus reales: todo el monte humeaba; porque bajó á él aquel Ángel con tan grande fuego, que llegaba el incendio desde la tierra hasta el cielo, del cual salia humo tan negro como de un horno de cal, y estaba tal todo el monte, que aterraba con su vista; y con haberse estremecido todo como un grande terremoto, estaban al pié de él los hebreos temblando de espanto; y el sonido de aquella trompeta iba siempre creciendo mas y mas, con que aumentaba su pavor y miedo: y habiendo mandado al pueblo por Moisés que no se llegase alguno al monte, porque no se muriese (tanto como esto queria ser respetado aquel Ángel), empezó á promulgar la ley con voz espantosa; porque no cesando los truenos horrendos, ni los relámpagos espantosos, ni la sonora y penetrante voz de la trompeta, pronunció la ley el Ángel con una voz tan viva y levantada, que sobrepujando al estruendo de los truenos y ruido de la trompeta, resonó tan clara y distintamente, que todas las personas de los reales hebreos que estaban extendidos por aquellos campos, llegando todos á tres millones de almas, la oyeron, percibieron y entendieron con toda claridad; porque era tan penetrante, que se les imprimió en las entrañas, hablando con cada uno como si él fuera solo, causando en todos tan grande reverencia, estremecimiento y pavor, que pensaron morir si pasara mas adelante el hablar el Ángel; y así pidieron por gran merced que no les hablase mas si no es por medio de Moisés, porque temian morir (4); pero el mismo Moisés, con estar acostumbrado á ver y hacer tantos prodigios, y ser de un ánimo muy grande y generoso, confesó su temor, diciendo: *Aterrado estoy y temblando*, como notó san Pablo (5).

Considere uno qué día tan memorable seria este para aquella gente en que vieron tales visiones, y oyeron tales voces, y sintieron tales terremotos, que se estremecieron con tan notable pavor, que pensaron morir. ¿Á quién no espantaria ver por esos aires y tan de léjos que venia aquel Ángel con tan grande majestad, y acompañado de tanta mul-

(1) Deut. xxxiii. — (2) Exod. xix. — (3) Hebr. xiii, 4. — (4) Deut. xviii. Ultra non audiam vocem Domini, et ne moriar. — (5) Hebr. xii. Moyses dixit: Extremus sum, et tremebundus.

litud de espíritus, y viniendo con tantos truenos, rayos y lluvia, parar en el monte Sinaí, que estaba tan cerca de los hebreos, y luego ver temblar todo el monte, y arder en llamas, y cubrirse de humo con una niebla densísima, y oír el sonido espantoso de aquella trompeta, y sobre todo la voz tremenda del Ángel con que promulgaba la ley? Me espanto por cierto del temor que tuvieron en día tan prodigioso con tantos prodigios. Pero no tiene que ver con el día en que vendrá el mismo Señor de los Ángeles á pedir cuenta de su ley; porque despues de haber enviado al mundo mucho mayores plagas que fueron las de Egipto, y abraçado con aquel diluvio de fuego á los pecadores del mundo, quedando vivos los Santos que en él hubiere, para que se cumpla literalmente el haber de venir Cristo á juzgar los vivos y los muertos, perseverando aun aquel incendio del mundo, á vista del valle de Josafat, se romperán los cielos, y bajará el Redentor del mundo á juzgarle con una majestad inmensa; porque todos los Ángeles del cielo le han de venir acompañando en forma visible con resplandores admirables. Irá delante del Juez de vivos y muertos su señal, que será, como dice san Juan Crisóstomo y otros muchos Doctores (1), la propia cruz en que redimió al mundo. Los justos que estuvieren vivos (porque será tan grande la fuerza del espíritu, que llevará tras sí al cuerpo pesado, como vemos que ha acontecido á algunos Santos) se levantarán en el aire para recibir á su Redentor, como dijo el Apóstol; el cual al salir de los cielos, con una voz que se oiga por todo el mundo, pronunciará este mandato: *Levantaos, muertos, y venid á juicio* (2); y cuatro Ángeles con unas trompetas inlamarán lo mismo en cuatro hemisferios del mundo con tanta vehemencia, que llegará su voz hasta los abismos infernales (3). Entonces saldrán del infierno las ánimas de los condenados, y entrarán dentro de sus cuerpos, los cuales desde aquel punto padecerán los terribles tormentos del infierno. Saldrán también del limbo las ánimas de los que murieron con solo pecado original, y poseerán sus cuerpos sin pena ni tormento. Ventrán también las ánimas de los bienaventurados, y llenarán á sus cuerpos de los cuatro dotes de la gloria, volviéndolos mas resplandecientes que el sol, y con el dote de agilidad se juntarán con los justos que quedarán vivos despues del incendio del mundo, y se levantarán en el aire en cuerpo pasible, y así no pudiendo sufrir un cuerpo mortal los efectos de su corazón que tendrán muy vehementes, de gozo, deseo, reverencia, amor y admiración de Cristo, morirán, y al improviso verán la Esencia divina; y serán sus almas con gran presteza unidas otra vez á los cuerpos, antes que puedan tener corrupcion, ni aun caer al suelo, los cuales quedarán desde entonces gloriosos; porque en aquel instan-

(1) Chrys. tom. 3, serm. de Cruce, et Latr. Waldens, tom. 3, tit. 20, c. 110. Granada, de noviss. tract. 4 ad 3. Gretserus Valentin. — (2) Joan. v. Omnes, qui in monumentis sunt, audient vocem Filii Dei. — (3) Lesius, lib. 13, cap. 21.

te que murieren serán purificados de los malos humores y cualidades que tienen ahora nuestros cuerpos: para lo cual convino que muriesen, y entre tanto se limpiasen de toda hez, y restituyéndoseles el alma bienaventurada, recibiesen los cuatro dotes de gloria. Considere uno qué efectos tan diferentes pasarán aquí por las almas de los hombres. ¿Quién podrá explicar el gozo de las almas santas cuando se vean tomar posesion de sus cuerpos tan hermosos y bellos, habiendo estado antes comidos de gusanos, ó fieras, ó deshechos en cenizas y polvo, algunos por cuatro mil ó cinco mil años? ¿Qué gracias darán á Dios, que despues de tan largo tiempo se les restituirá su antigua compañía? Y ¿qué parabienes darán las almas de los que vivieron en aspereza y penitencia al cuerpo, por las aflicciones y rigores que padeció, por los cilicios, disciplinas y ayunos que observó? Al contrario, las ánimas de los condenados ¿qué rabia tendrán con sus mismos cuerpos, pues por regalarlos y darles gusto fueron ocasion de sus tormentos y desdicha eterna? Como los miserables condenados no tendrán el don de agilidad, no podrán por sí mismos ir al lugar del juicio, y así serán llevados mal de su grado, temblando ellos de pavor y fiero miedo.

§ II.

Estando, pues, los réprobos en el valle de Josafat y los predestinados en el aire, acabará de llegar el Juez sobre el monte Olivete, á quien servirán de carroza las nubes. Vendrá Cristo con su cuerpo glorioso (1), echando de él resplandores tan incomparables, que en su comparación será el sol un carbon; porque aunque los predestinados resplandecerán como el sol, los sobrepujará tanto la luz y claridad de Cristo, cuanto ahora excede el sol á las estrellas, lo cual será una vista admirable, y mas con el acompañamiento que tendrá; porque será de cuantos espíritus soberanos hay en el cielo, los cuales como son millares de millares, y tomarán de aire cuerpos muy resplandecientes, conforme á la jerarquía y dignidad de cada uno, llenarán toda la region del aire y fuego, y cuanto espacio hay hasta el cielo con admirable variedad y hermosura. Asentarése Jesucristo en un trono de grande majestad, hecho de una nube blanca y bellísima que echará de sí luces admirables: mostrará un rostro muy apacible para los buenos, y con ser uno mismo, será terrible á los malos. De esta misma manera, de sus llagas sacratísimas saldrán rayos de claridad muy suaves y amorosos para los justos; pero para los pecadores serán como de fuego y de ira, y llorarán amargamente por lo mal que se aprovecharon de ellas (2). Será tan grande la majestad de Cristo (3), que los muy miserables condenados y los mismos demonios, por mas odio que le tengan, se le sujetarán y adorarán,

(1) Zach. i. — (2) Psalm. cix. — (3) I Cor. xv; Philip. i.

y, aunque les pese, le conocerán por su Dios y Señor, hincándole la rodilla los que mas le blasfemaron y ultrajaron su nombre: cumpliéndose aqui totalmente la promesa que el Padre eterno le hizo de sujetar todas las cosas, y poner á sus enemigos debajo de sus piés, y que toda rodilla se le hinque. Aquí verán los judios con gran confusion suya al que crucificaron. Aquí verán los malos cristianos al que tornaron á crucificar con sus pecados. Aquí verán los pecadores tan glorioso al que despreciaron por una vileza de la tierra. ¡Qué pasmo será ver aquel Rey de tanta gloria y magnificencia, que fue el mismo que padeció tantas ignominias en la cruz, y despues las padeció de aquellos mismos que redimió con su sangre! ¿Qué dirán entonces los que por burla coronaron al Señor con espinas, y dieron por cetro una caña, y vistieron de una ropa colorada, vieja y rota, y le abofetearon y escupieron en la cara? Y ¿qué dirán los que proponiéndoseles Cristo por delante con toda su pasión y muerte penosisima, no les hizo nada de fuerza, y cometieron contra él tantos pecados, no haciendo mas caso de su sangre derramada por su bien, que si fuera de un tigre ó de su mayor enemigo? ¡No sé cómo la memoria de esto no nos parte el corazon y mueve á grande compuncion! Tomemos el consejo de un santo Padre del yermo (1), al cual como preguntase uno qué haria para ablandar su corazon, respondió: que se acordase de cuándo habia de parecer delante del Señor que le habia de juzgar, cuya vista será tan espantosa á los malos, que dijo otro santo monje: Que si fuera posible morir las almas en la venida del Hijo de Dios á juicio, todo el mundo se quedaria muerto de espanto y pavor.

Al lado de Cristo nuestro Señor se pondrá otro trono de grande gloria y majestad para su santisima Madre, no para abogar entonces por los pecadores, sino para que se confundan de no haber querido valerse de su amparo y patrocinio, y ella quede honrada delante de todo el mundo. Estarán tambien al rededor de Cristo otros tronos para los sagrados Apóstoles, y otros Santos pobres de espiritu que dejaron todas las cosas por Cristo, los cuales han de asistir con su Redentor como jueces, condenando con su vida ejemplar la vida escandalosa de los pecadores, y aprobando la sentencia del supremo Juez, y declarando en su nombre su grande justicia: con lo cual quedarán pasmados de admiracion y espanto los malos; y sucederá aqui lo que tantos años há tiene profetizado el Sábio (2): *Viendo los malos á los justos, que fueron mas despreciados en vida, tan honrados, se turbarán con un temor horrible, y se maravillarán de su salvacion tan no esperada, diciendo entre si con grande dolor, gimiendo de angustia y pena: Estos son los que en algun tiempo fueron materia de risa y fiosa: nosotros insensatos y necios pensábamos que su gloria era locura, y que su fin habia de ser sin honra: hé aquí que son contados entre los hijos de Dios, y su suerte es entre los Santos.*

(1) In vitis Patrum. — (2) Sap. v.

Luego errados anduvimos del camino de la verdad, y no nos amaneció la luz de la justicia, y el sol de la sabiduria no nació para nosotros. Cansámonos en el camino de la maldad y perdicion: anduvimos por veredas muy difciles; pero ignoramos el camino del Señor. ¿Qué nos aprovechó la soberbia? Y ¿qué bien nos trajo el fausto de las riquezas? Pasáronse todas estas cosas como sombra, y como un correo que pasa de corrida, y como una nave que atraviesa el agua instable, de la cual no queda rastro despues de haber pasado; y somos consumidos en nuestra malicia. Los tiranos que afligieron y martirizaron los Mártires, cuando les vean gloriosos, ¿qué dirán? Los que atropellaron la justicia y derecho de los pobres de Cristo ¿qué harán cuando les vean ser sus jueces? Y ¿qué harán y qué dirán entonces los inicuos jueces, viéndose aqui condenados por sus injustas sentencias, cumpliéndose lo que dijo Salomon (1): *Vi un grande mal debajo del sol, que en el trono del juicio estaba la impiedad, y en lugar de la justicia la maldad, y dije en mi corazon: Dios ha de juzgar al bueno y al malo, y entonces se verá quién es cada uno?* Acá en esta vida el justo y el pecador no tienen siempre el lugar que merecen: muchas veces el malo ocupa la mano derecha y el santo la izquierda. Cristo deshará estos agravios, y apartará el trigo de la zizaña, y á los buenos pondrá á su mano derecha levantados en el aire para que todo el mundo los honre como santos, y á los malos pondrá á la izquierda, dejándolos en la tierra para que todos los desprecien y confundan. ¿Qué envidia tendrán los pecadores á los buenos cuando los vean tan honrados, y á sí tan despreciados (2)? ¿Qué confusion tendrá un rey cuando vea en tan alta honra á su vasallo, y un señor cuando mire á su esclavo entre los Ángeles, y á sí que está en igual abatimiento con los demonios? Porque tambien parece que tomarán cuerpos aéreos los demonios, para ser vistos sensiblemente de los malos, y estarán entre ellos para mayor afrenta y tormento suyo.

§ III.

Luego se abrirán los libros de las conciencias, y se publicarán los pecados de todos: veránse los secretos del corazon, y los pecados torpes de obra que se cometieron á escondidas, y los que por vergüenza se callaron en la confesion ó se encubrieron con excusas. Manifestaránse las intenciones torcidas, las traiciones ignoradas y virtudes fingidas. Conoceránse allí los amigos fingidos, las mujeres adúlteras, los criados infieles, los testigos falsos, con grande confusion de verse descubiertos. Porque si ahora tanto siente uno que se murmure de él, ó que su hecho infame se diga á dos hombres, ¿cómo se sentirá que se publiquen todos juntos á todos los hombres y Ángeles? ¿Cuántos hay que si supieran

(1) Eccles. iii, 16, 17. — (2) Lesius, de perfect. divin. lib. 13, cap. 22.

que sabia su padre y hermano lo que habian cometido de secreto, ó pensaban cometer, se moririan de pena? Mas en aquel punto lo sabrán sus padres, sus hermanos, sus amigos y enemigos, y todo el mundo con una grande confusion. Manifestaránse tambien las buenas obras de los justos, por secretas que las hicieren, sus santos pensamientos, piadosos deseos y puras intenciones, y las obras santas que el mundo tuvo por malas y por locura, y así las calumnió; pero en aquel punto serán honrados por ellas. Veráse allí con toda su hermosura la virtud que es admirable, y el pecado con toda su fealdad que es horrible. Allí se verá cuán decente y hermosa cosa fue el humillarse uno siendo grande; el callar siendo injuriado, el perdonar siendo agraviado, y rendirse y sujetarse á otros. Al contrario, se verá cuán insolente y horrenda cosa es el querer atropellar á otros, el injuriar al humilde, el querer vengarse y señorear á todos. Descubriránse tambien las buenas obras que hicieron los malos, para mayor afrenta suya, por no haber perseverado en el bien; y acordándose de los buenos consejos que dieron á otros que se salvaron por ellos, quedarán avergonzados por no haberlos tomado para sí: y aunque tambien los pecados de los justos serán publicados, serán juntamente con la penitencia que hicieron y el bien que de ellos sacaron; de suerte, que no les sean de confusion, sino motivo de alabanzas divinas de aquel Señor que les quiso perdonar. Será gran despecho y confusion de los malos ver en tanta honra á los que hicieron iguales pecados y aun mayores que los suyos, por haber hecho con tiempo penitencia, la cual ellos despreciaron. Acrecentarán la confusion de los pecadores los cargos que interiormente les hará Dios de sus beneficios divinos, á la cual ayudarán los mismos Ángeles de guarda, que darán testimonio de lo mucho que hicieron para disuadirlos y desviarlos de su mala vida, y como ellos fueron rebeldes á sus santos avisos é inspiraciones. Tambien los Santos les acusarán, porque se rieron de sus consejos; otros por el peligro en que se vieron con los malos ejemplos que les daban.

Pronunciará luego el justo Juez con voz sensible la sentencia en favor de los buenos con estas palabras amorosas (1): *Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que se os aparejó desde la creacion del mundo.* ¿Qué gozo será el que sentirán en esta ocasion los santos? Y ¿cómo se les romperá el corazon de envidia y fierisima rabia y despecho á los pecadores, y mas cuando vean se pronuncia contra ellos la sentencia contraria, hablándoles Cristo con la severidad que significó el profeta Isaías, cuando dijo (2): *Sus labios están llenos de indignacion, y su lengua es como fuego voraz?* Mas terrible que todo fuego y tormento les parecerá á los miserables condenados la voz del Hijo de Dios, cuando les diga:

(1) Abul. in Matth. Jansen. Sot. Lesius, lib. 13 de divin. perf. cap. 22 et alii.

(2) Isai. xx. Labia ejus repleta sunt indignatione, et lingua ejus quasi ignis devorans.

Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que está aparejado para Satanás y sus ángeles. Quedarán con esta sentencia aterrados y cubiertos de confusion y llanto. Con solo oír la voz enojada de san Pedro quedaron muertos Ananías y Safira; ¿qué harán los malos oyendo la voz de Cristo airado? Echaráse bien de ver esto por lo que pasó á santa Catalina de Sena (1), la cual porque no gastó mejor un poco de tiempo fue reprendida por san Pablo, y dijo: Que quisiera mas ser avergonzada delante de todo el mundo que lo que sintió aquella reprehension. Pero ¿qué tendrá que ver con la del Hijo de Dios en aquel dia de tanto rigor y venganza? Porque si cuando fue llevado á ser juzgado, con soló dos palabras que dijo, y fueron: *Yo soy*, derribó en el suelo una grande multitud de soldados, quedando todos atónitos; ¿cómo hablará cuando juzgue? En el libro de las Vidas de los Padres, que compusieron Severo Sulpicio y Casiano, se escribe (2), que queriendo un mancebo hacerse monje, pretendia su madre estorbárselo, y traíale para ello muchas razones. Él en ninguna manera quiso condescender con ella, ni volver atrás de sus propósitos, poniendo esto siempre por escudo: Quiero salvar mi ánima, quiero asegurar mi salvacion, que es lo que mas me importa. Con esto respondió á la molesta demanda de su madre. Al fin, como ella vió que no aprovechaban nada sus importunaciones, díjole que hiciese todo lo que quisiese, y así se entró en religion; pero comenzó presto á aflojar y á vivir con mucho descuido y negligencia en ella. De allí á algunos dias murió su madre, y él cayó en una muy grave enfermedad, en la cual un dia le dió tal parasismo, que le sacó de sí, y arrebatado en espíritu fue llevado ante el juicio de Dios, donde halló en el divino tribunal á su madre y otros muchos que con ella estaban aguardando la sentencia de su condenacion. Volvió la madre los ojos, y viendo allí á su hijo entre los que habian de ser condenados, quedó espantada, y díjole: ¿Qué es esto, hijo? ¿En esto has venido á parar? ¿Dónde están aquellas palabras que tantas veces me repetias: quiero salvar mi alma? ¿Para esto entraste en religion? Él quedó tan confuso y avergonzado, que no supo qué responder. Volvió en sí, y fue Nuestro Señor servido que escapase de aquella enfermedad, y considerando que aquella habia sido amonestacion divina, dió una vuelta tan grande, que todo era llorar lo pasado y hacer penitencia, tanto, que muchos le decian que se moderase y remitiese algo del rigor para que no perdiese la salud. Pero él, no admitiendo estos consejos, respondia: Si no puedo sufrir el baldon de mi madre, ¿cómo podré sufrir el de Cristo y sus santos Ángeles el dia del juicio? Acordémonos de esto muchas veces, y no solo nos haga temblar la voz de Cristo enojado, pero la sentencia de sus palabras, con que apartará á los malos de su presencia. Escribe Rafael Columba (3)

(1) In vita, cap. 24. — (2) In vitis Patrum, l. 3 ap. Rosw. — (3) Raph. de Columba, serm. 2 Dom. 1 in Quadrages.

de Felipe II rey de España, que estando oyendo misa oyó hablar entre sí á dos grandes que estaban cerca: disimuló por entonces; pero acabada la misa les dijo con gravedad: Vosotros des no comparezcai mas en mi presencia. Estas solas palabras les fueron de tanto sentimiento, que el uno se murió de pena, y el otro quedó por toda su vida atolondrado y atónito. ¿Qué será oír al Rey del cielo y tierra: Apartaos de mí, malditos? Y si las palabras del Hijo de Dios son tanto para temer, ¿qué serán las obras de la justicia?

Al punto embestirá en los miserables el fuego de aquel incendio del mundo, y la tierra se abrirá, y el infierno ensanchará su garganta para sepultarlos eternamente en su abismo (1), cumpliéndose la maldición de Cristo y del salmo, que dice (2): *Venga sobre ellos, y bajen vivos al infierno*. Al caer se cumplirá también lo que se dice en otra parte (3): *Caerán sobre ellos carbones: arrojaránlos en el fuego, y no se valdrán en sus miserias*; y en otra parte (4): *Lloverá sobre los pecadores rayos, fuego y azufre*. Finalmente se ejecutará lo que dijo san Juan (5), que el diablo, la muerte y el infierno, y todos los que no estaban escritos en el libro de la vida, fueron echados en el estanque del fuego y piedra azufre, donde serán atormentados de día y de noche por todos los siglos de los siglos, con el Anticristo y su falso profeta: y esta es la muerte segunda, amarga y eterna, que comprende almas y cuerpos, que murieron la muerte espiritual de la culpa, y la corporal que de ella se siguió. Los justos se alegrarán (segun David) viendo la venganza que toma de los pecadores la divina justicia, y cantarán otro cántico (6) como el de Moisés, cuando fueron los de Egipto hundidos en el mar, y el cántico del cordero que refiere san Juan, diciendo con gran afecto: *Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios todopoderoso: justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los siglos. ¿Quién no te temerá, Señor, y engrandecerá tu nombre? Con estos y otros mil cantares de alegrías y júbilo se irán levantando sobre las estrellas en un gloriosísimo triunfo hasta llegar al cielo empíreo, donde se pondrán en los tronos de gloria que han de gozar por eternidad de eternidades. Entre tanto se acabará de purificar la tierra con aquel incendio general, que parece aun estaba contaminada por haber sustentado los cuerpos de los condenados. Renovaránse luego tierra y cielo, y las estrellas y el sol, y resplandecerán siete veces mas que antes; porque las criaturas que se veían oprimidas y ultrajadas de los pecadores con el mal uso que tenían los hombres de ellas, y se habían unas armado contra ellos para vengar las ofensas de su Criador, y otras puesto de luto y llanto, ahora se regocijarán de verse libres de pecados y de pecadores, y, gozosas del triunfo de Cristo, se pondrán de gala y alegría.*

(1) Lesius, lib. 13 de div. perf. cap. 23. — (2) Psalm. LIV. — (3) Psalm. CXXXIX.
(4) Psalm. X. — (5) Apoc. XX. — (6) Exod. XV.

Este es el fin en que ha de parar todo tiempo: este remate tan tremendo para los malos han de tener todas las cosas temporales. Miremos cómo usamos de ellas; y para usar bien de ellas acordémonos de su fin y de este día último, de este día de calamidad y de justicia, de este día de temor y espanto, que servirá mucho su memoria para reformar nuestras vidas. Pensemos en él y temámosle; porque es la cosa mas terrible de las terribles, y provechosísima su consideracion para causar el temor santo de Dios y convertirnos á él. Escribe Juan Curopalata (1) que el rey Borgoris de los búlgaros, siendo pagano y tan dado á cazar fieras, que gustaba de verlas pintadas en su casa muy bravas y horribles, mandó á Metodio monje, que era buen pintor, le hiciese una pintura tan horrible que causase temor el verla. El prudente Monje no hizo sino pintarle el día del juicio. Llamó luego al Rey para que viese lo que habia pintado: él, cuando lo vió, quedó tan espantado de aquel acto de justicia, viendo al Hijo de Dios juzgar los hombres, y que los justos eran coronados y los malos castigados, que todo asombrado dejó su mala vida, y se convirtió á la fe de Jesucristo. Pues si solo el juicio pintado es tan terrible, ¿qué será ejecutado? Cási lo mismo sucedió á san Dositeo (2), el cual siendo mancebo muy regalado, no habia oido decir en toda su vida que hubiese de haber día de juicio, hasta que acaso se encontró con una pintura en que vió las penas de los condenados, de cuya vista quedó atónito; y no sabiendo lo que era, llamó una matrona, que se lo declaró con tanto espanto de él, que estaba como muerto, no pudiendo respirar por lo mucho que estaba fuera de sí de pavor y miedo. Cuando cobró mas aliento, preguntó qué haria para no caer en aquella suerte miserable. Y respondióle: que ayunar, abstenerse de carne, y orar. Empezó desde luego á ejecutarlo, y aunque se lo estorbaban y disuadian los de su casa, á él le quedó tan fijo el temor santo de Dios y la memoria de la condenacion eterna en que podia incurrir el día del juicio, que no cesó de su propósito y rigurosa penitencia hasta que entrándose monje la continuó con mas fruto. Tengamos, pues, siempre en la memoria este día de temor, para que vivamos con él toda esta vida, y gocemos de la eterna bienaventuranza.

(1) Joan. Curopalata, in hist. ap. Rad. in opusc. et in vitis PP. Occident.

(2) Anony. in elogio Doroth. et Dosith.